

Jota, Jota

Enrique Winter

Los conductores bajaron de sus autos, los peatones hicieron un círculo en torno a los restos de la *Commer* y vieron a Enrique emerger de la ventana rota del copiloto apoyando una mano a cada lado como si saliera de una piscina, pálido por el agua de la supervivencia o, más bien, de empezar a vivir ese sueño ganado en las urnas, donde sobraban los autos de niños ricos. El suyo lo vendió como chatarra y sin un rasguño se inscribió en los trabajos de verano de la Federación de Estudiantes comandada por Alejandro Rojas, una suerte de mito por anticipar un año desde ahí la victoria de Allende, para alfabetizar a los campesinos de Puente Negro, entre San Fernando y las Termas del Flaco, de Colchagua hacia la cordillera, donde comenzaban las viñas del sur y alfabetizar significaba, sobre todo, reclutar compañeros para las Juventudes Comunistas, le explicaba el Checho Jara y Enrique le pedía, háblame del Mapu, resabio del anticomunismo que traía de la cuna, pero el Checho defendía a su Jota, donde las cosas son pan, pan, vino, vino, los demás no tienen nada claro.

Debió ser en marzo de 1971 cuando los convocaron en la calle Fontanarrosa de Las Condes a la altura del siete mil, en la primera paralela al sur de Colón, como le explicó con un mapa hecho a mano su amiga Lily Corvalán, la hija del secretario general del partido. Costaba creerla una militante más en la base de Ingeniería, caminando a toda velocidad a los mítines. Aunque debía ser su casa, no imaginaron que el carné lo entregaría el mismísimo Luis. Le apretó la mano a Enrique como a cada uno de los nuevos militantes quien, desde el congreso del partido en 1959, había previsto ganar por los votos. Tenía ojos de conejo, más pequeños y vivos que en las fotos de los diarios, y se mantuvo de pie dándoles la bienvenida

a este hermoso desafío. Les reconocía la luna de miel con el gobierno popular y la construcción del hombre nuevo bajo el faro de la Unión Soviética. Cerraron el acto cantando la Internacional con la garganta afiebrada.

Krystyna le arrendó la casa a un funcionario de la embajada polaca y regresó a Presidente Errázuriz perdiendo los arriendos del departamento en la calle Agustinas, donde Enrique acumulaba los diarios *El Siglo* y las ropas que ella le lavaba semanalmente. Mariano Correa se había casado y su hermano Plinio la cortejaba ahora, cuando ella estaba en Santiago y no en Algarrobo mezclando arena, ripio y cemento. Comentaban acerca del país yéndose a la mierda, con los upelientos robándoles los fondos para dárselos a campesinos que no sabían trabajarlos. En los dormitorios oxidados por la humedad, planeaba Enrique los pasos a seguir con sus compañeros y con pescadores como Manolo Jopia, quien a su vez le cantaba a Krystyna «no soy de aquí ni soy de allá» cuando la pesca no era del día, abriendo las merluzas hacia el comunismo y el anticomunismo férreos de una misma casa.

—No baje, yo le llevo la pesca —le insistía a Krystyna de cuarenta y siete años, sin quitarse el cigarrillo de la boca oscura.

Ella leía revistas que a medias la distraían y a medias confirmaban su miedo a la revolución.

Enrique viajó en el tren de noche a ver el Huáscar en Talcahuano. Era ya febrero de 1972 cuando hicieron el paseo desde General Cruz, adonde llevaron pollos y construyeron gallineros.

—Los dejamos funcionando tiqui taca —celebraba en el tren.

Crecía también la militancia de una sola base en Ingeniería a una del Plan Común y otra de Especialidades que, de tan numerosa, debió abrirse entre Civil, Eléctrica y Transportes. A Enrique lo designaron Secretario de Base de Ingeniería, en una sesión en que podían oírse las mayúsculas del puesto y de la gesta, a cargo de diez o doce militantes. A esa clase de designación de arriba hacia abajo la llamaban democracia y esa misma democracia lo ascendió a Secretario del Comité de Escuela a finales del año. El comité dominaba todas las bases y aun a los dirigentes de la universidad que estudiaban ahí. Hacía un año habían nacionalizado las minas de cobre, crecían los sindicatos, las escuelas y universidades, con los libros al precio de las cajetillas de cigarrillos y la tierra al fin para quienes la trabajaban.

Tenían el mundo en sus manos, pese al Congreso, la Corte Suprema y los dueños de siempre, que en octubre convocaron a un paro patronal para robustecer la propiedad privada. Habían demorado dos años en volver a la violencia y dejaron sin trigo al país cuando los camioneros bloquearon las rutas. Krystyna golpeaba las cacerolas en que aún le cocinaba a Enrique porque bajo la Unidad Popular no había qué comer, y compraba colchones o lo que fuera a hacer falta, sumando estas cosas a su desorden. Él ayudaba a descargar las máquinas del Movimiento Patriótico de Camioneros que no adherían al paro, junto con miles de voluntarios de norte a sur. Eran una fiesta esas cuadrillas de jóvenes de veinte o veintiún años riendo con las bromas de Carlos Cuevas —venía del plan común de Ingeniería, pero también del comité local de La Legua, tanto más chispeante—, y Enrique aún no se quedaba atrás. Repartía también *El Siglo* para informar a los trabajadores, para alentarlos con sus titulares en rojo. «No a la guerra civil», «Los momios no pasarán».

1973 no estaba para trabajos de verano y el calor lo pasó Enrique durmiendo en las bases de las comunas donde hizo campaña. Lo destinaron sobre todo a Recoleta. La centroderecha buscaba doblar en votación a la Unidad Popular para destituir a Allende, pero la izquierda creció del 37% con que lo habían elegido al 44%. Venían las reformas radicales y las renuncias de profesionales como Abraham Schapira al Ministerio de Vivienda. A los pocos meses se exilió en Madrid con su hijo Leonardo. Era de los muchos compañeros de Ingeniería que Enrique dejó de ver durante la Unidad Popular a la que dedicaba sus días y noches con mayores responsabilidades. Tenía veintiún años cuando entró a la Dirección de Estudiantes Comunistas, a cargo de todas las sedes. La formaban los encargados políticos, de organización, de finanzas, de cuadros y cada uno tenía sus propias comisiones en un organigrama tan complejo como curiosamente eficaz, basado en la pasión y la obediencia. Enrique participaba en la comisión de propaganda, con cinco o seis urgidos por las tomas de Patria y Libertad. Ahora lanzaban ácido desde el segundo piso. Cuando le quemaron la espalda a un compañero, Enrique enrostró a José Yuraszeck. Él mantuvo la calma, con cara de visionario cruzó una pierna y respondió:

—Tu gobierno está muerto.

Enrique se asomó al balcón el veintinueve de junio alertado no por los ruidos sino por el inédito silencio luego de que Allende decretara el estado de sitio. Habían detenido un golpe de apenas dieciséis tanques a cargo de unos ochenta militares y los estudiantes sentían como un triunfo que no pasaran a La Moneda, pese a los cientos de disparos. Desde su balcón al frente, los ocho pisos de altura se hicieron nada para oír con claridad el chistido del soldado con el arma apuntándole mientras movía la otra mano en señal de que se entrara. Enrique se vio a sí mismo con la ingenuidad de un niño y las bolas de un gigante, sentado de vuelta en el sillón desde el cual oía las calles patrulladas por el Ejército. Tiritando aún se metió a la cama pensando en el grado de torpeza con el que se movían él y sus compañeros. Aunque menospreciaron la arrancada de tarros de unos pocos militares, no estaban preparados para hacerles frente.

En julio ejecutaron al edecán de Allende en su propio departamento. En agosto acorralaron a Prats en su propia casa. Había reemplazado al comandante en jefe asesinado hacía tres años y miraba entre las persianas cómo lo insultaban trescientas mujeres, lideradas por las esposas de los generales. Varios de ellos se negaron a reconocer su autoridad en público y el único dique que podía contener un golpe de Estado renunció entre lágrimas, no sin antes recomendar como su sucesor al devoto Augusto Pinochet. La Cámara de Diputados ya había acusado al Gobierno de quebrar la Constitución. Recién entonces, sin edecán, militares ni diputados, las Juventudes Comunistas sintieron amenazado el gobierno y le enseñaron a Enrique a usar pasajes con varias salidas en el centro de las ciudades, a mirarse en las vitrinas por si alguien lo seguía, a esconderse de los tiroteos y las diversas maneras de echarse al suelo sin perder la defensa.

Celebraron el tercer aniversario del triunfo electoral con una marcha apenas concurrida, triste de solo mirar a Allende envuelto en un chal en la puerta de La Moneda. Seis días después, Enrique se cortó el pelo y de vuelta al departamento se encontró con Krystyna.

—Te dejé unos bistecs y algo de verduras. Tomate, cebolla.

Iba con su ropa para lavar, se despidió diciéndole que se cuidara y lo miró a los ojos para mostrar que hablaba en serio. A Enrique no le tocaba turno a la mañana siguiente en la toma de Ingeniería y despertó con el llamado de Marcela.

—¡Feliz cumple! Los milicos no me dejaron llevarte el regalo.

Llevaban meses saliendo. Prendió la *transistor*, escuchó a Allende hablar de una sublevación de un sector de la marinería en Valparaíso y a las ocho y cuarenta y dos, luego de ducharse, el bando número uno de los militares por cadena nacional.

—Damos paso a una red provincial y nacional de radiodifusión de las fuerzas armadas. Se invita a todas las radioemisoras libres a conectarse a esta cadena: Santiago, once de septiembre de 1973. Teniendo presente la gravísima crisis económica, social y moral que está destruyendo el país; la incapacidad del Gobierno para adoptar las medidas que permitan detener el proceso y desarrollo del caso; el constante incremento de los grupos armados paramilitares, organizados y entrenados por los partidos políticos de la Unidad Popular que llevarán al pueblo de Chile a una inevitable guerra civil, las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile declaran que el señor Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su alto cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile; que las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros de Chile están unidos para iniciar la histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la Patria del yugo marxista, y la restauración del orden y de la institucionalidad. Los trabajadores de Chile pueden tener la seguridad de que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha no sufrirán modificaciones en lo fundamental; la prensa, radiodifusoras y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario recibirán castigo aéreo y terrestre. El pueblo de Santiago debe permanecer en sus casas a fin de evitar víctimas inocentes.

Ni bien terminó de escuchar el bando cruzó por fuera de la mismísima Moneda, como si se tratara de cualquier día, rumbo a la Facultad. En la toma quedaban diez o doce compañeros de la Jota, a solo una cuadra de los arsenales del Ejército, pero los militares estaban en el palacio repeliendo disparos aislados desde los edificios. Enrique y sus compañeros se encerraron en una sala para oír la Radio Magallanes. La toma llevaba casi un mes, la Central Única de Trabajadores llamaba a defender las fábricas y ellos se miraban porque les tocaba la Facultad. Uno esperó el asentimiento de Enrique y se levantó. Los demás discutían.

—Huevón, está hablando el Chicho.

—Quizás sea esta la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes, la Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación, mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron —Enrique arrastró la silla metálica, se encorvaron juntos para oír, los cuerpos tensos como cuerdas de charango—. Yo no voy a renunciar, colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo —bajó la vista, por el rabillo veía los primeros ojos húmedos. El piso estaba sucio, habían quedado de renovar los turnos de limpieza de la toma—. El capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción, crearon el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición: la que les señaló Schneider y que reafirmara el Comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando, con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

—Hijos de puta —susurró uno de los compañeros interrumpiendo parte del mensaje radial a la mujer trabajadora, al profesional, a ellos mismos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha, según Allende desde su propio despacho.

—Porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder; estaban comprometidos, la historia los juzgará; seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes —el de los ojos húmedos empezó a llorar, pero incluso él apretó las manos sobre los hombros del resto—. El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse; el pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse. Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y en su destino, superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse, sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor, ¡viva Chile!, ¡viva el pueblo!, ¡vivan los trabajadores! —los estudiantes reunidos en la sala gritaron ¡viva!, y luego oyeron la certeza de Allende de que el sacrificio no sería en vano—. Por lo menos, habrá una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Hubo un quiebre y otro locutor improvisó un llamado a defender al Gobierno popular del golpe fascista, interrumpido ahora por los acordes de «El pueblo unido», la marcha que cubrió el allanamiento de la Radio Magallanes y el corte de sus transmisiones segundos después, con algún militar quitando la cinta del equipo. Allende había sido claro y la bolsa con las armas estaba ahí.

—Esperaremos instrucciones —dijo Enrique.

Se enteraron del comienzo del bombardeo a La Moneda y, luego, de los cohetes atravesando el palacio sin que nadie se rindiera en él. Ellos tampoco se rendirían y con ese espíritu de lucha aplacando los nervios recibieron el telefonazo del camarada que los llamaba a desalojar. Conocían el orden en que debían retirarse y Enrique les indicó la ruta con el mentón. Quedó solo, vio el humo. Le correspondía una casa a cuatro cuadras, después de los arsenales del Ejército. Aspiró más aire del que expiró al juntar las rejas. Miró el arco de la enorme Facultad de Ingeniería, con esa jota de la reforma ortográfica de Andrés Bello, fundador de la universidad que Enrique fue el último en pisar bajo un gobierno democrático. Sin el metal tranquilo de la voz de Allende, más bien con el rechinar de esas pesadas rejas, le puso a la escuela de Ingeniería el candado redondo del que solo él tenía la llave.

...

Enrique Winter

Magíster en Escritura Creativa por NYU, dirige el diplomado homónimo de la PUCV. Es autor de los libros de poesía *Atar las naves*, *Rascacielos*, *Guía de despacho*, *Lengua de señas* y *Variaciones de un día*, de las novelas *Las bolsas de basura* y *Sobre nosotros callaremos*, del ensayo *Una poética por otros medios* y del álbum musical *Agua en polvo*, publicados en doce países y cuatro idiomas. Traductor de volúmenes de Emily Dickinson, G. K. Chesterton, Philip Larkin, Susan Howe y Charles Bernstein; por sus poemas ha recibido los premios Víctor Jara, Nacional de Poesía y Cuento Joven, Pablo de Rokha y Goodmorning Menagerie, entre otros y, por su narrativa, las residencias de la Universidad de los Andes en Colombia y de la Sylt Foundation en Alemania, donde vive.